

PALLARÉS CASTAÑER, Agustín

Sacerdote (1878-1946)

Nacimiento: Sans (Barcelona), 16 de diciembre de 1878.

Profesión religiosa: Sant Vicenç dels Horts (Barcelona), 2 de septiembre de 1900.

Ordenación sacerdotal: Vitoria, 21 de septiembre de 1907.

Defunción: Mohernando (Guadalajara), 9 de agosto de 1946, a los 67 años.

Nació el 16 de diciembre de 1878 en Sans, entonces pueblecito vecino a Barcelona y hoy asumido como populoso barrio de la ciudad. La cercanía de Sarria le llevó fácilmente al conocimiento de los salesianos y entró como aspirante juntamente con otro hermano suyo. Hizo el noviciado en Sant Vicenç dels Horts y allí emitió los votos perpetuos en 1900. Se ordenó de sacerdote en Vitoria en el año 1907. Desde entonces salió de Cataluña y el resto de su vida lo pasó en la inspectoría céltica.

Aunque pasó por las casas de La Coruña, Atocha y Estrecho, la mayor parte de su vida transcurrió entre Barakaldo y Santander. Por todas las casas por donde pasó se hizo apreciar y querer. Era bajo, grueso, bien conformado, afable y de buen humor. Y, como detalle secundario, tomaba rapé, permitido por los Reglamentos hasta el XIX CG.

En Barakaldo y Santander fue pasando por todos los cargos, incluido el de director. En Santander lo fue en los dos colegios de antaño, del Alta y de las Viñas, hasta el nombramiento de don Pío Conde como director del primero en 1925. Durante su directorado, empezó a publicarse la revista *Vida Escolar*, buena fuente de conocimiento del colegio de aquellos tiempos.

En 1943, don Agustín llegó a Mohernando, muy quebrantado de salud. Confesaba a los novicios y filósofos sin perder la paciencia y el humor. Falleció allí el 9 de agosto de 1946, a los 67 años.

Trabajó como consejero y sobre todo como catequista en las casas de Valencia-San Antonio, Burriana, Mataré, Ripoll, Sarria y Hogares Mundet. Sus últimos años los dedicó a la casa de Sarria (1972-1985), de la que fue catequista, director y vicario de la parroquia, y en la que falleció a los 58 años el 11 de marzo de 1985, de paro cardíaco, efecto de un cáncer muy extendido.

Remigio fue un amigo entrañable para centenares de personas de toda edad y condición, especialmente para los jóvenes. Con cada uno de ellos tenía un trato exclusivo y personal. Era muy apreciado por su humanidad, su realismo, su consejo oportuno, su cercanía, siempre a entera disposición de quien lo necesitara.

Trabajador incansable, creativo, escrupulosamente ordenado, sereno y siempre alegre.

Esta rica humanidad estaba cimentada en una fe profunda, sencilla y coherente, movida por un gran corazón pastoral. En época de una formación religiosa excesivamente rígida, Remigio supuso para quienes él dirigió un soplo de aire fresco y un respeto a la libertad de conciencia.

«No mitifiquéis al Remi —decía un salesiano— colgándole virtudes celestiales. Lo queríamos por su humanidad, realismo, consejo; estaba siempre a disposición de todos».